

ARETÉ

Espero porque sé que un día vendrás. Espero porque no he visto tu fantasma en sueños. Estás lejos, perdido en los mares, cautivo de piratas o encadenado por reinas, juguete de magos o de diosas casquivanas, pero sé que piensas en mí. Como yo, cada noche, pienso en ti. Cuando miro la luna, veo tu cara, aunque del cielo hayan desaparecido las estrellas. Cuando miras su reflejo en las olas, sabe que con ellas navega mi paciencia. Ítaca. Ítaca. Aquí te espera, Odiseo. Aquí te espero, esposo mío. No tardes, pero no corras. De nada sirve la prisa si al final no hay buen camino. El mar y las tierras están llenas de peligros. Y tú, que eres fecundo en ardides, como de ti se cuenta desde que cayó Ilión hace ya tantas primaveras, eres un hombre como son los hombres todos. Mortal. De paso por el mar y por las tierras. No mueras, si acaso, lejos de mí, pues entonces solitaria sería también mi muerte, y todo este tiempo de espera habría sido un desperdicio de horas. Vuelve a Ítaca cuanto antes. Para que acaso podamos morir juntos, y disfrutemos unidos los meses o los años o las décadas que nos queden. Se vacía gota tras gota la clepsidra. Ven. Para que antes podamos vivir todos los momentos que nos ha robado el tiempo, los días felices que nos han hurtado una reina de ojos claros y cabeza hueca y unos reyes de músculos de bronce y cabezas más huecas todavía. No comprendo el honor que ellos comprenden. El honor que ella les ha robado. El honor que a ti te obliga. Solo comprendo tu ausencia. El frío de unos vientos que antes eran cálidos, la sonrisa que ya no asoma en mi mirada, el

hambre de tu presencia. El miedo. El miedo, sí, a quedarme sola. Vuelve pronto. Por ese mar donde se borró tu vela, donde antes otras muchas velas asomaron, como una bandada de pájaros de alas rojas. Cada día subo a este promontorio donde naciste, y miro el mar, aunque llueva, aunque nos cubra el sudario de la niebla, aunque el calor del verano seque los árboles y aturda a las bestias. Y espero que allá en esa línea donde el mar se funde con el cielo salga a flote tu vela blanca, como una paloma y no un albatros de mal agüero. Ay, Odiseo. Te espero y tú no llegas. Te espero y tú me desesperas. Ni tú ni yo, quién sabe, estamos muertos aún. Pero se muere Ítaca. Un rebaño sin pastor es presa de lobos. Se nos echa encima el cobro de las horas. Y yo, que sigo viva, me creo muerta. Y tú, al que quieren muerto, sigues vivo en algún lugar, en alguna isla, en algún reino desconocido. Estoy segura.

CANTO I

Ítaca

Me llaman mentiroso. Pero los hombres hemos construido nuestro mundo sobre la roca gris de la mentira. Porque cuanto hay más allá de lo que vemos es oscuro, o está frío, o nos da miedo. Y como no lo comprendemos, lo adoramos. Y como lo adoramos, nos convierte en los juguetes de un engaño. Esto es lo que yo, Odiseo, hijo de Laertes, he colegido. Que no se dejen ver los dioses, si es que existen. Que los dioses no han creado a los hombres ni juegan con ellos a capricho, sino que somos los hombres quienes, por dejadez, o por necesidad acaso, hemos inventado a los dioses para justificar el horror de lo que hacemos. El dolor y la muerte, si nos vienen dados, son por ellos. El dolor y la muerte, si los causamos, son por ellos también. Vivimos en el embuste de habernos convertido en marionetas. Necesitamos a los dioses para hacerlos culpables de nuestras crueldades. Y para ensalzar lo que somos. Nadie ha visto a los dioses: cosas extrañas sí, naturalmente. Cosas que no alcanzamos ni merecemos: la lluvia, el viento, el amanecer. La sangre, el dolor, la vida. La alegría y el llanto. El vuelo de los pájaros. El gemido del mar, y también sus bramidos. Cuanto el hombre no ha hecho es obra de los dioses. Y cuanto querríamos ser de los dioses nos ennoblecemos.

No, no he visto a ningún dios. Que existan o no depende de algo que no puede explicar la vista. Pero de mí, y de mis amigos,

y de mis enemigos incluso, se nos ha inventado un pasado legendario que cuadre con este presente por el que nos arrastramos hasta que estemos muertos. Hijos o nietos de dioses que juegan y se disfrazan, engendros de ninfas, rescoldos de sátiros mentimos que somos. Para asombrar a quienes se nos oponen. Para crecer ante sus ojos como ruga un león, o se encrespa un gato, o abre en abanico los colores de sus plumas el pavo real. Para que, cuando bajemos al Hades con dos monedas sobre los ojos y vacíos de ropajes, quienes nos recuerden sigan creyendo que fuimos más que ellos. Hijos de dioses. Titanes. Mentirosos.

Soy pastor. Soy labrador. No soy marino. Soy guerrero porque en nuestro estado la diferencia entre estar vivo o estar muerto es saber usar una espada, una lanza, una flecha. De mí dicen que soy inteligente. Lo que significa quizás que soy prudente, o soy curioso, o reconozco el miedo. El miedo es el vino que enciende mi sangre, la pasión que me impulsa a seguir combatiendo, a no soltar el escudo, a nadar contra las olas y no someterme a las llamas que me devorarán en mi túmulo. Quiero respirar siempre. Y ni siquiera para viajar, para conocer, para seguir sintiendo. Quiero respirar siempre porque temo que no haya nada más que esto que llamamos vida y desperdiciamos con tanto desprendimiento. Eso que he derramado de manera tan fecunda, con tanto desconcierto. Para mi bien o el bien de otros. A veces, sí, más que guerrero, como el dorado Aquiles, soy matarife. Otro asesino. Como asesinos somos todos. Asesinos de otros hombres. De mujeres. De niños.

Cuando era niño mi padre, Laertes, me alzó en brazos sobre el mar. Como yo alzaré sobre el mar a mi hijo. Recién nacidos ambos, cuando nací, cuando me nazca. Hombres de la tierra rodeados por los dominios de Poseidón. Isleños. Una ofrenda y a la vez un sacrificio. Una reivindicación. Pastores y labradores, hombres del rebaño y el arado. Eso somos. Pero también hombres del yelmo y la espada. Guerreros. A las aguas pertenecemos. De las aguas vinimos, en las aguas moriremos muchos de nosotros algún día, contra nuestra voluntad, desde luego. Pero mientras tanto, señores de Ítaca, siervos de Ítaca, feroces e independientes.

Islas también, nosotros mismos. Cuando llame el mar, del mar seremos. Durante mucho tiempo, en mi lejana infancia, tuve miedo del agua. Tuve miedo del barco. Ironía es como llamamos los hombres al capricho incomprensible de los dioses. Si los dioses existen. No sé qué es más terrible ante la amenaza de la muerte, ante la incertidumbre de no seguir siendo.

Todo el saber del mundo está en mi mundo. Cuanto un hombre necesita tanto más lo valora si está al alcance de su mano. Así con Ítaca. Mi torre, mi castillo, mi bastión. La fortaleza que da la fuerza a mi padre, la constancia a mi madre, el orgullo a los que vivimos libres y prósperos y sencillos en esta isla. Pues isla somos, apartados de otras tierras por un mar que cerca y libera. Nada más es necesario. Todo es como debe ser: limpio y sencillo. Y así soy yo, porque así somos. Un rey de tierra firme tendrá ambiciones, mirará con envidia las tierras de su vecino, o con lujuria a sus esposas. Pero aquí, en Ítaca, no tenemos vecinos, y por tanto estamos a salvo de la envidia. La lujuria, si acaso, es otro asunto: pero si son rijosos los dioses, también gracias a ellos encontramos excusa los hombres.

El mar nos atrapa y nos saluda cada día, mece nuestros sueños cada noche. Pero no somos, ya digo, un pueblo marinero. Somos un pueblo de campesinos que vinieron del mar quién sabe cuántas generaciones atrás. Huyendo de las matanzas de Tesalia, o en busca de un sitio desde donde construir algún día los cimientos de un imperio. Pero fue más inteligente Ítaca que esos abuelos nuestros, y pronto les hizo olvidar veleidades de conquista, pues cuando un hombre ya está ahíto no necesita de más platos suculentos. Todo es Ítaca e Ítaca es todo. La carne, la mies, el vino. La lana, el bronce, el aceite, el trigo. Cuando falta algo, zarpan los barcos para jugar al trueque con aqueos o feacios, aunque más común es que lleguen de otras tierras barcos de ojos oscuros con frutas y metales y otros vinos que cambiar por los nuestros. También vienen piratas, de vez en cuando. Ellos son los que no han permitido que dejemos de ser un pueblo guerrero. Desde las atalayas, donde a menudo subo para contemplar el mar y preguntarme quién encendió la antorcha del sol, y por

qué la apaga cada noche, o para qué la oculta, los vigías anuncian, de tarde en tarde, eso sí, que arriban barcos desconocidos sin la banderola del comercio en el palo mayor, y entonces es todo un correr de pastores, una suelta de aperos, las mujeres que llenan las aljabas de flechas y vendajes, los niños que corren a ocupar sus puestos y cargar sus hondas, el ganado que se aleja riscos arriba, los hombres que desempolvan los yelmos o sacan filo a toda prisa a las espadas que siempre tienen cerca.

Y es entonces la guerra que viene a visitarnos. La guerra, ese mal que llega de fuera. La enfermedad que intoxica y convierte a un pacífico pueblo de campesinos en feroces carniceros. A veces, muy pocas, los piratas huyen con algún botín que causa lágrimas: una mujer que no ha vuelto a tiempo, dos niños que tendrán un mañana de esclavitud, un puñado de ovejas que se perdieron camino de los rediles, un cargamento de trigo, un puñado de quesos. Pero las más de las veces los piratas se pudren en la orilla de las playas, carne blanda camino de convertirse en huesos blancos. Ítaca resiste, y festeja a la noche no el asalto de la muerte, sino la resistencia de la vida. Esos cadáveres podríamos ser nosotros. Somos, de hecho, algunos de nosotros. Pero mañana Helios iluminará de nuevo el día, y las cabras saldrán de nuevo al pasto, y las abejas seguirán libando miel, y los panaderos hornearán sus panes y mojaremos en vino amargo las gargantas que no cortó nadie.

En estas empresas maté a mis primeros hombres, cuando apenas era un chiquillo que aún no había empezado a tener vello en las mejillas. Con piedras certeras al principio, con flechas luego, con espada al fin. Sin odio. Porque también dar muerte es una necesidad cuando defiendes lo que tienes. No solo tu sangre vertida defiende el derecho de tu mundo. Y en Ítaca todos hemos vertido nuestra sangre. En la guerra y el trabajo, en las labores domésticas, en accidentes. En acciones de caza, que para otros reyes puede ser deporte, pero para nosotros es menester, pues de las presas depende nuestro sustento.

Salgo a la caza como salgo a bañarme en el mar, porque ya he perdido el miedo a ahogarme. O eso cree mi insultante juventud.

Salgo a la caza y sigo el rastro de una presa que ronca y ruge y apesta. Se ha escondido detrás de unos espinos. Detrás de mí, mis criados (pues tengo criados: soy un príncipe) y el maestro cazador me advierten que tenga cuidado. Pero yo soy Odiseo Laertiada, digno hijo de mi padre. Ya he matado hombres, aunque aún no cuento quince años. ¿Qué puedo temer de un cervatillo? ¿De un jabato salvaje?

Pero no es un jabato, ni es un ciervo. Una sombra de pelo hirsuto carga contra mí y me derriba por el aire, como si fuera un bailarín de esos que dicen que en Creta saltan toros. Pierdo de vista el arriba y el abajo, y solo cuando mi cabeza choca de nuevo contra el suelo compruebo que todo vuelve a estar en orden. O no lo está, porque un fuego sucio me quema el muslo, tiñe de rojo mi visión, desparrama mi sangre. El jabalí, pues un jabalí es mi enemigo, araña la tierra mientras los colmillos de su hocico hurgan en mi herida, como si quisiera abrir en mi pierna una madriguera donde esconderse. Oigo a lo lejos los gritos de mi partida y comprendo que cuando lleguen en mi socorro ya estaré muerto. He perdido mi aljaba, veo astillado mi arco. Fuera de mi alcance, en cualquier caso. Mientras el dolor me corre como brea encendida de la rodilla a la ingle, mis dedos ensangrentados, resbaladizos por la sangre propia y la saliva del monstruo, tantean en mi pecho, sueltan la correa que me cruza la espalda, de donde pende mi espada. La agarro con fuerza, la clavo en la testuz del animal. Una vez, con ímpetu. Otra vez, con saña. Una tercera vez, con alivio. La pierna sigue doliéndome, pero el animal ya no me embiste. Un suspiro fétido, su último aliento, me rocía de asco.

Logro salir de debajo de su peso. Con esfuerzo, porque la pierna no me responde, me pongo en pie. Llegan corriendo mis hombres, el montaraz, el porquero, incluso mi madre con mi hermana Ctímene y dos criadas. No suelto la espada, porque es el símbolo de mi victoria y quiero que todos vean lo que he hecho. En la selva de esta isla, donde no quedan felinos (dicen que Heracles mató a los últimos, pero Heracles fue siempre un semidiós

sin medida), el jabalí verrugoso es el animal más temible. Y yo lo he vencido. Yo solo. Me apoyo en el árbol para no caer, para que cuando lleguen en mi auxilio me admiren por mi hazaña y vean en mí a un héroe de Ítaca, no a un chiquillo malherido que ha salvado la vida quizá por suerte.

Algo se agita en las ramas de los árboles. Miro y me miran. Unos ojos enormes de un color tan imposible que pienso que he caído víctima de mi delirio. Una lechuza blanca, pequeña, que no tendría que estar despierta, pues son criaturas de la noche y luce Helios en el cielo. El monstruo y yo debemos de haberla despertado. Gira la cabeza y parlotea en su lenguaje, pero no entiendo lo que dice, si dice algo. Huye volando y todos los que llegan la saludan, postrados en tierra, como si la hazaña que acabo de realizar no hubiera sido fruto de mi espada y de mi puño. Atenea, dicen. Atenea te ha visto y bendecido. Y yo me sonrío, porque no me ha bendecido nadie. Solo mi espada. O mi valor. O quizás la suerte. El destrozo de mi pierna dice poco del favor con el que todos creen que me han ungido los dioses.

Es Euriclea, que fue mi nodriza y curó mis cólicos, quien atiende la herida y la drena y cauteriza, mientras mi padre y los demás hombres sonrían al comprobar el tamaño del monstruo y me manchan la frente con su sangre y mi madre Anticlea, más regia y divina que ninguna estatua de Hera, supervisa cómo cose mis carnes y se encarga de que llenen una y otra vez mi copa de vino. Es hábil Euriclea, pero su interminable charla me amodorrera, o quizá sea el efecto del vino. Bebí de sus pechos cuando era una mujer joven, y sus pechos siguen siendo hermosos ahora que se acerca a la edad madura. Pero no está bien que un hijo sienta ese deseo hacia quien casi pudo ser su madre, pues hay pecados de los que solo están exentos los dioses, y Euriclea, que es sabia porque es esclava y un esclavo no sobrevive si no es sabio, entiende que las fiebres y el dolor pasarán mejor con brebajes y ungüentos que acompañen al vino, y una muchacha joven que me ofrezca en sus muslos la confirmación de que estoy vivo y el jabalí yace muerto. Y esta noche, cuando todos duermen y mi

pierna protesta y estoy al borde del delirio por la fiebre, es una esclava joven, sobrina o hija de la propia Euriclea, quien viene a mi cuarto y se arrodilla entre mis piernas y confirma ante mi dolor lo que yo ya sabía: que soy un hombre y mi sangre late. Que soy un hombre y las mujeres me desean tanto como yo puedo desearlas a ellas. Que soy un hombre, sí. Que soy un hombre.

La juventud es queja de impaciencias, pero sus horas son largas y las envidian los viejos. Cojo, pero sanando bien, según me dicen todos, reemprendo mi vida de costumbre. Contento de ser parte de Ítaca, que algún día me tendrá como rey. Subo al monte donde nací, observo los cielos. Sé sin maestros. De lo que observo, aprendo. Como antes de mí han aprendido mis mayores. Como un día lejano aprenderán mis nietos. En Ítaca está el mundo. A mi alcance, todo lo que me hace falta del mundo. Y en Ítaca descubro en el viento los avisos de la lluvia, en las nubes el asomo del arco iris que pondrá fin a los aguaceros. Por el nerviosismo de los perros capto las perras que entran en celo (de una de mis perrillas, la que más quiero, me quedo con uno de sus cachorros, y lo llamo Argos, porque es atento como si tuviera cien ojos). Balan distintas las cabras cuando sus ubres revientan de leche, y huelen con aromas verdes los pinos cuando florecen. Está más fría el agua si ya asoma el invierno, y el vino en las ánforas sabe más sabroso cuando reposa cuatro estaciones. Todo esto aprendo y de todo esto vivimos. Todo esto me ofrece Ítaca. Y me ofrece también mi patria, el más bello regalo. Porque puedo partir a pie, y ya cojeo menos, desde un punto cualquiera y seguir caminando, por trochas y valles y siguiendo la línea dorada de las arenas de la costa, y llego al mismo punto de partida días después, como si yo fuera el sol que asoma en el cielo y repite su baile en ciclos contados cada año.

Ha hecho bien su trabajo Euriclea y me calzan luego con botas que pesan tanto que aseguro entre risas que me volveré gordo y holgazán por no dar un paso. Pero pronto me acostumbro y cuando dejan de sangrarme los dedos de los pies ya ni las siento. Me crecen de nuevo los músculos de los muslos, y cuando casi

nueve meses más tarde me libran por fin de ese cepto incómodo, puedo andar sin que se note cojera alguna, y si echo a correr, nadie diría que estuve a punto de perder la pierna por culpa de un jabalí salvaje. De nuevo adjudican el mérito a Hermes, que corre como el viento y es dios que protege a los que pensamos rápido. No lo vi correr a mi lado, ni aconsejarme nunca. Estoy seguro, pues soy joven y vanidoso, de que sería capaz de vencerlo en cualquier estadio.

En otoño llega un aedo en un barco que zarpa en cuanto se aprovisiona de agua. Hay gran alborozo en la casa, porque los aedos traen noticias del mundo de ahí fuera, y entretienen con sus cantos, y nos enseñan y nos deleitan. Gracias a él sabemos que tal rey es hijo de tal dios, y todos aceptan que es verdad, o quizá fingen aceptarlo. El aedo es ciego, como tantos hombres y mujeres de su profesión. Su nombre es Demódoco. Lo acompaña un bello joven que le sirve vino cuando canta cada noche, y al que llama su Ganimedes, aunque su nombre es Evandros, según me cuenta una de las criadas que pasa con él las noches. No se me pasa por alto la escenificación que hacen: porque cuando canta la cólera de Zeus y el hambre de Cronos, juega a que creamos que es Zeus mismo y el muchacho su copero.

Me mira sin verme, cuando me oye reír, y me pide que me acerque y sus manos heladas me tantean el rostro. Veo sus ojos blancos, tan cerca de mí. Su piel curtida por el sol, sus barbas blancas, su boca sin dientes.

— Algún día cantarán de ti — me dice.

— ¿De mí, señor? Si no soy nadie.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Odiseo es mi nombre, mi señor. Hijo de Laertes, que es tu anfitrión. Y de Anticlea, que prensó el aceite que nos ilumina y las uvas que estás bebiendo.

Él asiente, como si estuviera recordando algún hecho futuro. Antes de que pueda decir nada más, el copero rompe el hechizo sirviéndole una nueva copa de vino. Se quiebra el momento. Mientras tañe la cítara, reinicia su canción en el mismo punto

que lo dejó. Así nos canta durante cuarenta noches, hasta que llega de nuevo el barco que lo trajo y se lo lleva a otra isla, o quizás a Atenas o a Ilión. Nunca insistió en su profecía. Si tenía el don, también lo acompaña, como a tantos viejos, la dádiva del olvido.

Odiseo me llamo, en efecto. No tengo interés alguno en que canten sobre mí. El Enojado, me dijeron que significa mi nombre, aunque soy de risa pronta y tengo el ingenio rápido. El Enojado.

Ilusos.

Mi nombre es Nadie.

CANTO II

Una mujer en Giteo

Desde el monte Nérito, donde nací un día de lluvia, me gusta contemplar las nubes en el firmamento, y alguna noche observo el baile silencioso de las estrellas, y las líneas que trazan en el cielo hasta perderse algunas de ellas, como si fueran luciérnagas que están muy lejos, o costurones en el tejido del cosmos oscuro, o las cicatrices de la sangre dorada de los dioses. Desde este sitio veo cómo remontan el vuelo las aves (los milanos, las cigüeñas, las ánades, los vencejos) camino del sur cuando muere el otoño, de regreso al norte cuando clarea la aurora y tiñe la luz con sus dedos rosados.

Cada estación tiene su mérito: la calma de los calores en las tardes de verano, cuando más allá del crujir de las cigarras todo es silencio; la lucha de los vientos cuando asoma el otoño que pela los bosques y varea al castaño, la lluvia que cala y desborda los ríos, el fango que tiñe de marrón los campos sedientos. Y en invierno la quietud del frío, el chasquido de los troncos en las hogueras, los tocinos que se van agotando en las despensas, la búsqueda de las mantas de piel y el vino más recio. Y por fin la primavera, donde todo renace como dicen que renace con ella Dionisos, el tiempo de flores y colores y risas, de bailes a la luz de la luna y muchachas risueñas y matanza de cerdos y la siembra del grano.

Con la primavera regresan los barcos. Y con los barcos, otros aedos que no son ciegos y traen noticias de lo que sucede más allá de nuestro mar. Y como es tiempo de bailes y muchachas y risas, como es tiempo de flores y colores y siembras, es también tiempo de matrimonios y alianzas. De los barcos nos llega repetida la noticia: en Esparta una princesa, más hermosa que la misma Afrodita, ha sido puesta en venta. De todas las tierras acudirán pretendientes a conseguir su mano. Que sea la mujer más bella del mundo, exageración sin duda, es lo de menos. Esparta es un reino rico. Quien despose a la bella será poderoso. Los barcos que anuncian la noticia no ocultan ese detalle. Y desde Tracia al Peloponeso, desde Creta a Fenicia, de Tesalónica a Samos, solo se pronuncia un nombre: Helena.

Helena. Su nombre era canción antes de que los bardos cantaran de ella. La hija del rey de Lacedemonia, tan hermosa que ya de niña levantaba pasiones en hombres adultos y su destino, dicen, es esquivar el yugo de la esclavitud, el abrazo caliente de hombres que, después de verla, se han lanzado desde el monte Tagieto donde se cuenta que en Esparta arrojan las basuras y los hijos deformes. Porque quien tiene cerca tanta belleza y no puede apoderarse de ella prefiere quedar ciego, y sordo, y mudo, se canta en la Hélade entera, porque el tesoro de sus muslos es en sí una promesa de muerte. No poseerla, no acariciar su cuerpo, no devorar su alma, es un castigo que ni siquiera los dioses (Prometeo encadenado durante eones, mientras el águila le roe las entrañas; Tántalo ardiendo de hambre y sed en el estanque; Atlas sujetando el incómodo peso del mundo sobre sus hombros) serían capaces de soportar. De ahí la muerte preferida. De ahí el salto desde la montaña al suelo.

Helena. Su nombre se repite de puerto en puerto, como una saloma. Helena de Esparta. Helena. Tan apetecible como su belleza, la dote de su reino. Y su padre Tindáreo la ha puesto en venta. Que otro le solucione los problemas: la corona en la frente, que pesa más cada año, la hija que cuando camina por las calles y provoca suspiros supone casi una incitación a la guerra: como un tesoro al paso, como un caballo bravío, como un campo rico en mieses. Quien esté dispuesto a comprarla lleva un reino de propina.

Sabe Tindáreo, me explica mi padre, mientras mira de reojo a mi hermana (que es bella como mi madre, pero de la que no cantan) que para que Lacedemonia sobreviva es necesario un rey joven y fuerte que la defienda. De ahí que el cebo sea incluir a su hija en el contrato. Porque la belleza no es nada si no la acompaña el dinero, y el anciano Tindáreo comprende, como bien explica mi padre, libre de esos trances, que poniendo a Helena en la balanza se libraré del problema de tener a una hija que siempre será una llama que no podrá apagarse (pues a la sazón eso es lo que dicen que significa su nombre: tea), y siendo él padre y rey, necesita para su hija un rey y esposo que cuide de sus tierras, de sus ejércitos, de su economía. Helena viene de regalo. Para quien la quiera.

Y la quieren, la queremos todos. Nadie la ha visto y todos ya la hemos soñado. Una mujer mortal capaz de hacer sombra a la belleza de las diosas. La mujer más bella que haya nacido nunca. Un regalo envenenado, murmura mi madre, en la rueca, como una moira bondadosa. Y mi padre sonrío, como si por un momento sopesara la idea de ver a la muchacha espartana compitiendo con mi madre en la administración y las labores de la casa.

No será así. Quien con Helena case tendrá que instalarse en Esparta. Y Helena, o su padre por ella, solo elegirán al mejor de entre los hombres. Al más rico, quizás. Al más fiero, con toda certidumbre.

Helena. Cierto, siento la curiosidad del garañón por conocer a semejante yegua. Pero sé que, pobre y sin grandes hechos de guerra, astuto mas no estratega, ni señor de barcos ni de ejércitos, poco podré yo hacer cuando todos los pretendientes se reúnan en Esparta y Tindáreo, o Helena por él, midan muslos, brazos, cuellos, caballos, carros, espadas, barcos, lanzas, y decidan cuál será el rey que sustituya al rey en su trono y desplace a las criadas del tálamo de la muchacha.

Estoy en la edad en que el niño que fui, el que ansiaba aventuras, ha olvidado esa sed absurda que no teme al mundo y busca mejor descubrir los misterios y los secretos de la compañía feme-

nina. No me faltan muchachas que consuelen mis noches en la lejanía de mi isla: esclavas, siempre melosas; criadas, encantadas de apurar la copa del hijo del rey Laertes; las amigas de mi hermana, que anhelan convertirse en sus cuñadas y después en su reina; incluso alguna dama regia, compañera de costura de mi madre. No tengo, pues soy joven, el menor interés en desposarme. Pero, puesto que soy un hombre, y como tal estoy limitado y siento debilidades, el rostro imaginado de Helena de Esparta se dibuja en las noches sobre la sonrisa de las esclavas, tras los besos de las criadas, en la mirada reverente de las amigas de mi hermana, o en la calentura satisfecha de las damas de alcurnia que agradecen ver en mí no al hijo que no han tenido, sino al amante que en su mocedad nunca tuvieron.

Todos hablan de Helena, y todos sueñan, nobles o plebeyos, campesinos o ilotas, con asomarse a verla. Y, más que verla, conquistarla. Solo uno vencerá. Y será un príncipe. No un plebeyo, no un ilota. No un campesino. Ni siquiera un noble. La mano de una reina futura solo puede encomendarse a un rey. Las fortunas se casan con fortunas. No se fijaría Helena en mí, ni aunque solo fuera el único que se plantara de noche, espada en mano, bajo la tormenta, en su aposento. Porque, como la fruta de Tántalo, sé que se alejará de mí cuanto más intente cogerla. Como el águila de Prometeo, picoteará el deseo mis riñones y el sueño de poseerla se trocará en pesadilla. Me aplastaría bajo sus caprichos, con toda su enorme majestad, si yo fuera el Atlas que quisiera tomarla en brazos y hacerla mía. Las diosas devoran a los hombres que eligen por compañeros, eso nos cantan. Tanto más haría de nosotros, de mí, al menos, una mujer mortal que es más hermosa que ninguna diosa del Olimpo.

Pero Ítaca es una nación orgullosa. Como orgulloso es mi padre. Como orgullosa es mi madre. Como lo soy yo mismo. Y no acudir al reclamo de la hembra sería admitir lo que no puede ser admitido: que somos un reino pobre, que somos una isla débil. Si no presentamos un candidato a la mano de la bella, será como reconocer que cualquiera de los pretendientes, o incluso el gana-

dor de Helena, solo tendrá que hacerse a la mar y sitiarnos con sus escuadras, y apoderarse de todo esto que es nuestro porque hasta ese momento no le habrá interesado a nadie.

Y, por tanto, siendo yo hijo de un rey, y siendo joven, y siendo fuerte y dicen que bello, en la flor de mis días, recibo de mi padre la orden de presentarme en Esparta, y competir por Helena, ese cordero sin dueño, como el soldado que va a la guerra sabiendo que volverá sobre el escudo, rotos los miembros, despojado de grebas, hendido el yelmo y sin gota de sangre en los músculos desgarrados.

Zarpo pues, con un barco recién calafateado, con velas nuevas y el ojo de Atenea en la proa, hacia la derrota. Pero en el fondo de mi alma, queda esa duda que sigue amargándome las noches. ¿Y si me eligiera a mí? ¿Y si yo fuera?

Tan terrible me parece el mar en la primavera como en los inviernos. O al menos así se me ha antojado desde las atalayas de Ítaca. No soy marino, pero a los marineros me encomiendo. Y los marineros conocen su oficio y hablan una jerga incomprensible, donde maldicen a los dioses y escupen cuando el barco no responde, y sonrían y los alaban cuando han corregido el rumbo. Yo trato de aprender, porque sé desde hace tiempo que el aprendizaje es el camino a la sabiduría, y el hombre sabio elude a la muerte y vive más, pero arranco risotadas cuando me quemo las manos con las maromas, o vomito recién hechos a la mar, o procuro no vaciar mis entrañas por la borda por miedo a que caiga al agua algo más que el contenido de mi vientre.

Ríen los marineros y, con respeto, me van enseñando, seguros de que no aprenderé jamás, porque no me hará falta ser navegante. Si desposo a Helena, porque me traerán los peces y las especias y los vinos y los aceites y los bronceos y los cueros y no tendré que ir a buscarlos en una cáscara de nuez que puede hundirse siempre y en todo momento. Si no la desposo y vuelvo de vacío, como ya sé, porque jamás volveré a salir de Ítaca, donde los cueros, los bronceos, los aceites, los vinos, las especias y los peces también me los traerán, aunque en menor cantidad, y no tan saludables.

Pero el barco navega, y obedece, y se somete. Y comemos las olas y bajamos al sur, sin detenernos más que por las noches, allá donde en las orillas no se ven luces, donde sabemos que no hay monstruos ni, peor, acechan hombres. Y los vientos nos saludan cada vez que doblamos un cabo, y la tierra nos atrae cuando nos internamos en un golfo, y los amaneceres se tiñen de rosado y los ocasos de cárdeno, hasta que al parloteo de los delfines (si es que son eso) y el arrullo de las olas viene a unirse el graznido de las gaviotas y los albatros, y en la costa vemos que se encienden hogueras para guiarnos el paso cuando cae la oscuridad, y al acercarnos a puerto se oyen bocinas y caracolas anunciando nuestra llegada. Quizá sea una bienvenida. Quizá una alerta.

Y arribamos por fin a Giteo, que es el principal puerto de Esparta, allá en el sur de la península. Es ahora cuando comprendo lo insignificante que es Ítaca, lo enorme y peligroso que es el mundo. Porque allí, en la rada, hay un rebaño inmenso de barcos. Dormidos, pero con los ojos abiertos. En paz, pero dispuestos para la guerra. Un, dos, veinte, cincuenta barcos. Esperando. El poder de Esparta, esa maquinaria de muerte con la que hay que congraciarse. Y en los mástiles y en las velas, los estandartes de sus aliados. Nuestro navío es un mosquito que se interna en un avispero. Y la sorpresa es tan grande, el conocimiento de nuestra insignificancia tan poderoso, que un golpe de viento, o quizá sea el cansancio, coge desprevenidos a mis marineros y rozamos el fondo y la quilla se quiebra, y quien estaba en la cofa se rompe la espalda al desplomarse en cubierta, y yo, que estoy en la proa, admirando y observando, pierdo mi asidero y caigo de cabeza al agua.

No sé si hay mérito alguno en naufragar en tu primer viaje en barco, pero desde luego es una experiencia que no me gustaría repetir nunca. De pronto eres dueño de tu entorno, del aire y el sol y el viento y la vida, y un instante después estás girando en otro mundo que te moja y te roba la respiración y te cubre y desea envolverte en un sudario al que no puedes asirte. Casi sin poner nada de su parte. Una muerte sin esfuerzo, como sin esfuerzo caen al suelo las cosas.

He aprendido a nadar, pero no soy buen nadador. Si el navío se hubiera estrellado contra un escollo en alta mar, si lo hubiera sacudido una tormenta, o una bruja, o un relámpago, sin duda que me habría hundido y habría bajado al Hades antes del tiempo que imagino (pero nadie, claro, baja al mundo de las sombras por propio gusto). Pero por suerte el barco embarranca a pocas varas del embarcadero, y aunque el crujido de las tablas es aturridor, y los gritos de preocupación de los marineros se alzan por encima del bullicio del puerto, soy capaz de sacar la cabeza a flote, y manotear como manotea mi Argos en la orilla del mar de Ítaca, resoplando, la barba incipiente empapada y pegajosa, el cuero de mis vestiduras apretujado contra mi pecho, la boca resoplando a la vez sorpresa, sal, aire y agua.

Volver al barco será tener que repetir el chapuzón de nuevo, pues veo que mis marinos saltan al agua mientras otros pliegan las velas y calculan si deben ponerse a los remos para desembarancar. Sigo, pues, nadando hacia el embarcadero. Con mucho esfuerzo, en efecto. Temiendo calcular mal mis fuerzas, deseando demasiado tarde haber practicado más la natación en Ítaca, donde a pesar del cinturón marino que nos rodea he dedicado mis horas al pastoreo, la siembra, el caminar por las montañas. Los pies que me separan de tierra firme se me hacen un tramo infinito. Sería ridículo morir ahogado tan cerca de la salvación, como si un guerrero volviera de una batalla ileso y fuera atropellado al día siguiente por un carro sin auriga. Pero no. Con esfuerzo y cuidado, intentando mantener la compostura, salgo dando tumbos, inhalando grandes tragos de aire, renunciando a ser tritón.

—Menos mal —oigo decir una voz—. Ya estaba temiendo que fuera a tener que lanzarme a rescatarte.

Es una mujer quien habla. Una muchacha. Está sentada en un bote en la orilla, con una pierna cruzada sobre la otra, intentando quitarse, o ponerse, una sandalia. Su voz es clara; su porte, altivo. Me mira con una mezcla de curiosidad y burla.

—¿Ya sabías nadar, extranjero, o has aprendido ahora mismo?

Su piel tiene el tono tostado que presta el sol a quienes lo adoran durante mucho tiempo en las playas: mi mismo tono, quizás, pero en ella es más bello. Sus cabellos son negros, peinados a lo que supongo es la moda de Esparta, con dos mechones rizados cayéndole a cada lado del rostro. Viste un peplo de lana glauco, igual que verdes son sus ojos, brillantes, como si una piedra caída del cielo hubiera vuelto el mar incandescente. Nunca he visto una mujer más hermosa, ni siquiera en mis sueños. Descreído como soy, pienso durante un momento si no será una diosa.

Ella termina de ajustarse la sandalia. Veo que, detrás, un palanquín y seis esclavos, dos de ellos etíopes, la esperan.

—Soy Odiseo, hijo de Laertes —le digo, y añado—: Príncipe de Ítaca.

La mujer se incorpora. Es esbelta y su cuello, largo y altivo. Tiene la prestancia de una reina.

—¿Vienes también a la feria de ganado?

No entiendo sus palabras, si es que hay algo que entender en lo que dice. Por primera vez en mi vida, tardeo en encontrar palabras. Es una sensación que me desconcierta.

—Represento a mi reino. Ítaca. La tierra del rey Laertes.

—Ya lo has dicho —asiente ella—. Ítaca. La tierra del rey Laertes. Tu padre. Y eres príncipe.

—Pero no vengo a ninguna feria de ganado.

—¿Acaso no estás aquí para pretender a Helena? Procura estar seco cuando te vean en Esparta. ¿Cuál es tu regalo?

Me miro las manos vacías. Una vez más, no entiendo qué me pide. Me encojo de hombros.

—No traigo nada.

—Entonces no es necesario siquiera que te desee suerte, Odiseo Laertíada.

—¿Porque no la voy a necesitar?

—Porque no te mirarán siquiera.

—No me has dicho tu nombre, muchacha.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Me lo dirás?

- ¿Tanto te importa? ¿No vienes acaso en busca de Helena?
- Sin regalo y sin riquezas, veo que pocas posibilidades tengo.
- Por no decir ninguna. ¿Entonces, si la hermosa elegida de los dioses no te mira, buscarás consuelo en otra?
- Nunca he visto a Helena. Pero te he visto a ti. A menos que todas las mujeres de Lacedemonia sean igual de bellas, no creo que pueda nadie competir contigo.
- Ya me han dicho alguna vez que los hombres de Ítaca son mentirosos por naturaleza.
- Es un regalo de los dioses saber distinguir cuándo se dice la verdad y cuándo la mentira.
- Y charlatanes. Veo que Atenea te ha dado el don de la palabra.
- Y a ti Afrodita el de la belleza. Pero sigo sin saber tu nombre.
- No se me olvida. Sécate bien, Odiseo de Ítaca. Y emprende pronto el camino a Esparta. No te distraigas: las habitaciones del palacio son contadas y hay demasiados aspirantes llamando a las puertas.
- ¿No me deseas entonces buena suerte?
- No la necesitas. Ya digo que Helena no te mirará siquiera.

CANTO III

Príncipes de la Hélade

El camino desde Giteo a Esparta es largo y pedregoso. Un tesoro me espera más allá de las murallas de la ciudad, o con esas ilusiones me engaño antes de descubrir que la ciudad carece de murallas, pero de algún modo ya no tengo la cabeza en la misión que me encomendó mi padre Laertes. Soy hijo de una isla, y en cuanto inicio el viaje noto en el aire la ausencia del mar. Todo es piedra y bosque, sendero y arroyo, pero las nubes corren esquivando montañas y no suena en mis oídos la presencia conocida del país donde domina Poseidón.

Camino acompañado por dos sirvientes. Charlan y charlan entre ellos, como si yo no estuviera presente. Discuten asuntos de mujeres, se acusan de haberse hecho trampas a las tabas, se acaloran cuando no son capaces de decidir si la más bella de las diosas es Atenea o Afrodita o acaso Hera. Ni que las hubieran visto. Yo sé que veré a una mujer de carne y hueso, no a una talla de piedra o de madera. Y aunque el desdén con el que me trató la muchacha de los ojos verdes allá en el puerto me ha convencido de que mi presencia aquí quizá sea un error de apreciación en los designios de los dioses, me puede la curiosidad de ver con mis propios ojos a la que dicen que es la mujer más hermosa de nuestro tiempo. O de todos los tiempos.

No soy el único curioso. Cuando la trocha se convierte en sendero, y el sendero en camino, más y más gente se va uniendo al

mismo viaje. Son mercaderes, esclavos, hetairas, poetas, escuderos, sacerdotes de Apolo, antiguos soldados que se clavan en sus muletas o cubren la media cara donde ya no tienen un ojo con un pañuelo sucio. La mayoría hace, como yo, la marcha a pie. Muchos descansan ya a la vera del camino, esperando que la solana se calme, o que quizá la Parca los saque de la miseria donde ellos mismos se han zambullido de cabeza. El calor es atosigante y no hay suficientes pozos ni suficientes charcas donde saciar la sed de todos. Por suerte pronto encontramos un riachuelo donde, como si bebiéramos de un elixir mágico, recuperamos no tanto las fuerzas como la risa.

Hablan sin parar mis dos criados, y hablan sin parar los niños, las hetairas, los escuderos. Rebufan los mulos cuando no quieren seguir caminando. Maldice el soldado tuerto cuando pisa una bosta. Chilla una viuda porque el vuelo de una mosca ha encontrado hueco en su boca abierta. Y entonces alguien da la voz de alarma, y la procesión de curiosos (pues procesión es) se agita como una ola en un mar de tierra y dejan sitio al ruido que viene detrás: un hombre a caballo, al galope, ajeno en su desprecio a los destrozos que podrían causar los cascos de su montura. Casi inmediatamente, un carro. El auriga, tan bronceado como el yelmo y los brazaletes que adornan sus muñecas, azuza las riendas de sus dos caballos y pasa como una visión ensoñada junto a nosotros. Lo acompañan dos hombres, rubios ambos, tan parecidos que podrían ser gemelos. Alguien pronuncia con asombro un nombre, y la multitud vitorea. Ni el auriga ni los dos hombres les hacen el menor caso. El espejismo se pierde a la cabeza de los peregrinos (pues peregrinos somos), y solo demasiado tarde comprendo que han pasado de largo, como dos cometas fugaces, Patroclo de Filotida y su primo Aquiles.

Comprendo entonces la pasión que despiertan entre las gentes. Son célebres por unas hazañas que quizá sean reales, o quizá inventadas. Para quien nada es, para el que se aferra a la vida como una hoja arrastrada por los soplidos de Eolo, hombres como ellos son lo más parecido que pueda haber en el mundo a los dioses. Me

quito el polvo de la cara, me descalzo una sandalia, limpio mi pie del guijarro que se me ha clavado entre los dedos, y en el fondo no sé si me alegro de no ser como ellos. Para los curiosos que se dirigen a Esparta no soy nadie. No llamo la atención de ninguno. Tampoco se dignará a mirarme Helena: me lo han advertido. Y, sin embargo, mi orgullo no se siente herido. No me importa.

En las puertas de la ciudad hay un mercado donde se venden estatuillas votivas de Hermes y Afrodita, amuletos con el tridente de Poseidón por una cara y un pez por la otra, escarabajos de jade traídos de las tierras etíopes, piedras de ámbar, mieles, ungüentos, aceites, aceitunas, animales en jaulas que escapan cuando son listos o algún niño travieso les abre la puerta del corral o de la jaula, pájaros multicolores que se quedan afónicos ante la algarabía de los hombres, ristras de puñales y de lanzas, sandalias de cuero, peplos, ajos y especias y vino por ánforas que, me temo, estará demasiado mezclado con agua turbia, ovejas y cerdos y cabras y vacas y toros y caballos y yeguas. Me viene a la memoria la feria de ganado de la que habló la muchacha sin nombre en el embarcadero de Giteo, y me sonrío, aunque sé que no se refería a esto que ven mis ojos y mi mente registra.

La multitud que me acompaña o a la que me he unido sin quererlo se desparrama por las calles, buscando cobijo, saludando a parientes, preguntando las últimas nuevas o corriendo en busca de una taberna donde saciar la sed antes que ninguna otra cosa. Es entonces cuando me separo de ellos y, quienes me ven, se dan de codazos y avisan a los demás de lo que hago. Es ahora cuando captan que no soy igual que ellos, aunque igual que ellos he hecho el viaje e igual que ellos me siento. Porque yo no busco consuelo de tabernas ni reencuentro con amigos, sino que me dirijo a paso firme hacia el palacio, tras lavarme el polvo del camino en una fuente, seguido por mis dos criados, que a buen seguro preferirían refrescarse con algo más vigoroso que el agua. Me pregunto, mientras dejo a la multitud atrás, si llegarán algún día a saber quién soy, o si en su afán por crear leyendas piensen que su compañero de tres días ha sido un dios

disfrazado de mortal, como tanto nos gusta creer. En este mundo la sorpresa jamás tiene una explicación lógica.

No, no me disuelvo en las calles. Mi meta es el palacio. Y qué palacio. Comparado con él, la casa de mi padre en Ítaca es una cuadra. Blancas paredes de mármol vetado de rojo cuando en mi tierra son de adobe pintado y áspera piedra caliza. Y columnas. Docenas de columnas. Mientras subo las escalinatas me malicio de que detrás de cada uno de ellos puede emboscarme un hombre armado con arco y flechas.

Nadie me detiene, no obstante, y me planto ante un capitán de la guardia, hosco y narigudo como suelen ser todos los capitanes de la guardia, las barbas enceradas, la mueca zafia. Tienen fama de secos los guerreros de Esparta. Se me acerca, la mano en alto, para detenerme. Me detengo, pues nada oculto: ni siquiera llevo armas.

— Soy Odiseo, hijo de Laertes, príncipe de Ítaca.

Todo soldado sueña con ser sargento. Todo sargento anhela ser capitán. Y el capitán quisiera ser comandante. Es el caso, naturalmente, de este hombre. En el ejército, ya sea en paz o en guerra, se obedece al instante al superior, cuyas decisiones y palabras jamás se ponen en duda. Si soy un príncipe, entonces soy mejor que él. O quizás sabe que vendré, pues tiene una tablilla llena de extrañas marcas que no entiendo, como las que dicen que usan en el país del sur que separa en dos tierras el gran río. Traza una raya propia con un punzón en la tablilla, no muy distinta a las que hacemos en Ítaca para saber qué ovejas han sido ya cubiertas, antes de llevarse un puño al peto e inclinar la cabeza.

— Te esperábamos, Odiseo de Ítaca. El rey Tindáreo te da la bienvenida.

Dos esclavos sustituyen a mis sirvientes, que no tienen acceso al palacio y se marchan felices con las monedas que les entrego por su espera, y me conducen a mis aposentos, una habitación grande y cuadrada con un tálamo, una mesa, dos sillas, un arcón donde, solícitos, los esclavos guardan mis pertenencias, y una ventana amplia por la que entra en sol y que, cuando cae la no-

che, atraerá a todos los mosquitos a este lado del Hades. Paseo luego por donde me dejan camino libre: unos jardines donde hay pavos reales y aves blancas que se apoyan en una sola pata y canta una fuente con forma de niño de donde mana agua helada. Me sirven de comer en mis aposentos luego, pero no viene nadie más a visitarme. A todos los efectos, bien podría haberme colado como un ladrón en el palacio. Sé, de todas formas, que me vigilan. Imagino, mientras la noche llena de oscuridad los pasillos y los patios, que aún no han llegado todos los otros ilusos que aspiran a desposar a la bella Helena. Tanto me da a mí, que ni siquiera he traído un regalo, y no he entrado en el palacio en carro o con séquito, sino con una sandalia medio rota, un roce en el talón del pie, y piojos en la cabeza que me habrá contagiado cualquier peregrino. Una friega con vinagre, que me aplica una esclava antes de dormir, y un óleo balsámico que me relaja los músculos y apacigua mi mente me preparan para el descanso. Se queda la esclava en la puerta, esperando una petición por mi parte. Pero, entendiendo bien lo que me ofrece, no me parece adecuado holgar con una muchacha mientras, en algún lugar del palacio, la que puede ser mi futura esposa está en sus aposentos.

La despido. Ella no parece molesta, pero no puedo asegurarlo: si los espartanos son hábiles escondiendo sus sentimientos, más aún si además de nacidos en esta ciudad son hijos o hijas de la esclavitud. Me tiendo en el lecho. La cabeza ha dejado de picarme, siento los músculos cargados de tanta energía tras la friega de la muchacha que lamento no relajarme en sus brazos, como quizá tendría que haber hecho. Me pongo de un costado. Luego, del otro. A pesar del cansancio del día, descubro que no tengo sueño. Quizás es la comida copiosa que me han ofrecido. O el vino especiado. O la proximidad de Helena, a quien no he visto. No, no tengo sueño. Pasan las horas. Las clepsidras debilitan sus depósitos. Y entonces, por la ventana abierta, me ataca un ejército.

Al principio logro matar a un par. Luego, el ataque redobla. Los sonidos son atroces, peor que los aullidos de aquel jabalí ve-

rrugoso que me marcó el muslo. En Ítaca, la presencia del mar y de sus vientos los empuja de un lado a otro. Son molestos, pero no eternos. Aquí, sin embargo, en medio del secarral donde se alza Esparta, viven y se reproducen y atacan y no los espantan los bufidos divertidos del dios del viento. Mosquitos. Se ceban en mi pecho, en mis piernas, buscan mis oídos y parecen creer que el vinagre de mi pelo y el unguento de mi cuerpo son el regalo que les he traído en exclusiva. Me cubro como puedo con la fina manta de lana blanca y roja, pero el calor es sofocante y hasta llego a dudar si no es mejor convertirme en blanco de las lanzas de los insectos que morir cocido en esta noche de verano. Por fin sopla una ráfaga de viento. Por fin refresca el aire. Asomo media cara, esperando el bufido invisible de un mosquito explorador, pero se han ido. Respiro, me quito de encima la manta que me empapa, me levanto. Orino en una bacina, bebo un trago de vino. Vuelto a acostarme y duermo.

Y me despierto.

Son gritos roncros de hombres, risitas agudas de mujeres. Jadeos, resoplidos. El sonido se extiende en la oscuridad como manteca sobre un trozo de pan caliente. Comprendo que no todos los invitados han sido tan mojigatos como yo y han aceptado la invitación del rey Tindáreo. Mejor para ellos. Intento volver a conciliar el sueño, pero no lo consigo. Qué vigor el de estos hombres, qué paciencia la de estas mujeres. Siguen los bufidos, se multiplican los jadeos. Alguien rompe una vasija. Oigo orinar contra una bacina, o quizá sea contra las losas del suelo. Más risas. Piden vino a gritos. Huele de pronto a algo asado: a pesar de la hora, comen y beben y fornican. Capto entonces que son distintas voces. Varios hombres. Varias mujeres. Dudo que sea costumbre en Esparta festejar de esta manera a unos recién llegados. Ya me advierte siempre mi madre que tenga cuidado, cuando reine en Ítaca, de a quiénes admito en mi casa. Consejo que no ha recibido el rey Tindáreo.

Salgo de mi cuarto. No por deseo de participar en la juerga, sino para exigir silencio, aunque yo no sea el anfitrión de este

palacio ni este sea mi derecho. Los veo en los jardines, como un juego de faunos y ninfas, varios jóvenes desnudos y musculosos y al menos el doble de muchachitas desnudas que se someten a sus voluntades y ponen de su parte su ración de risas y gemidos. Cuando uno de los sementales termina, otro ocupa su puesto, y quien se retira busca carne fresca en otro sitio, mientras apura la copa de vino que no ha soltado el rato que cabalgaba a la esclava. Si no fuera porque quizás mis sirvientes estén disfrutando de ruidos semejantes, o perdiendo a las tabas y peleándose de nuevo, recogería mis cosas y me marcharía del palacio. Pero quién sabe si eso no sería una descortesía aún mayor que la de estos pretendientes que saben que solo uno de ellos, si acaso, será el vencedor de la competición, y al menos se llevarán lo ganado aquí esta noche, y las noches que se tercién hasta que Helena y su padre decidan quién portará la corona y saboreará el néctar de la princesa.

Mientras miro, indeciso, una sombra se alza a mi lado. Es otro hombre. En la oscuridad no lo veo bien, pero está desnudo. Da un paso adelante, resuelto, coge de una bandeja una manzana y, sin mirar ni apuntar siquiera, la arroja. Tan rápido que es un visto y no visto. La manzana impacta en la frente de uno de los verracos y se descompone en una masa de pulpa. El golpe es tan fuerte que el pretendiente cae hacia atrás, con un gemido baboso. Está inconsciente cuando llega al suelo.

El desconocido coge una segunda manzana. Todo el mundo se ha quedado quieto por su acción, como si fueran las figuras de un friso. Nadie dice una palabra, pero lo han reconocido. También yo, a la luz de las antorchas del patio, lo identifico ahora. Todos se marchan corriendo. Los garañones, a sus cuartos. Las esclavas, a los suyos. En el silencio que sigue, solo se oye el morisco de Aquiles a la manzana. Buenas noches, se despide. Buenas noches, le digo.

Al día siguiente, cuando por fin nos recibe en audiencia el rey Tindáreo, la mitad de los pretendientes se han marchado. Con todo, somos tantos que habría sido necesario saquear el jardín de

las Hespérides para conseguir munición suficiente contra tanto aspirante como nos reunimos en la amplia sala a cielo descubierta. Me siento insignificante, vestido con mi sencillo quitón y mis brazaletes de bronce, ante tanto gallo perfumado y ataviado con armaduras y petos más dignos de un desfile. Ninguno, obviamente, va armado. Pero armados están, con arco y flecha y lanza y espada, los guardias del rey que nos controlan. Se me antoja entonces que somos los pretendientes el ganado de la feria.

Todos somos jóvenes. Todos somos altos, y fornidos, y nos pavoneamos, mirando sin dar importancia a los lujos que ofrecen los otros. Porque lujos traen. Todos menos yo. Vasijas de plata, escudillas de alabastro, ánforas de aceite comprado en Tartessos donde los mares se convierten en Océano y las nieblas eternas cierran el paso a la vida y lo abren al Hades. Hay collares de oro, escudos de bronce, sedas de tierras lejanas que ni siquiera tienen nombre. Especies que llenan de fragancia el aire. Hasta un león de manchas marrones sobre su piel amarilla que hace que todos se aparten con disimulo del imprudente que cree que Helena jugará con ella como si fuera un gato cuando está claro que Helena jugará con los hombres. Con cualquiera de los que aquí estamos y la pretenden. Sin haberla visto siquiera. Por el simple hecho de haberla soñado.

Un esclavo educado, de esos que creen tener mayor alcurnia que sus amos, recita una larga lista de nombres, y al escucharlo cada uno de los pretendientes da un paso al frente, y transmite un saludo (casi siempre de su padre y de su reino), mientras señala como si apenas tuviera valor el regalo que trae al trueque. Desconozco a casi todos ellos, aunque alguno ya es leyenda o vive camino de serlo. Menesteo, hijo de Peteo; Anfímaco, hijo de Cteato; Diomedes, hijo de Tideo; Antíloco, hijo de Néstor; Agapénor, hijo de Anceo; Esténelo, hijo de Capaneo; Filoctetes, hijo de Peante; Talpio, hijo de Éurito; Meges, hijo de Fileo; Anfíloco, hijo de Anfírao; Elefénor, hijo de Calcodonte; Esquedio y Epístrofo, hijos de Ífito; Políxeno, hijo de Agástenes; Penéleo, hijo de Hipálcimo; Leito, hijo de Aléctor; Áyax, hijo de Oileo; Ascálafo y Yálmemo,

hijos de Ares; Eumelo, hijo de Admeto; Polipetes, hijo de Pirítoo; Leonteo, hijo de Coronó; Podalirio y Macaón, hijos de Asclepio; Eurípilo, hijo de Evemón; Áyax y Teucro, hijos de Telamón; Protesilao, hijo de Ificles; Menelao, hijo de Atreo; y Patroclo, hijo de Menecio.

No veo a Aquiles entre los pretendientes, aunque al principio lo confundo con este Patroclo, que se dice su primo y se parece a él como una gota de leche a otra. Es algo mayor que Aquiles, más alto. Veo entonces a Aquiles a un lado de la sala, junto a una columna, observándonos con una sonrisa que tuerce su boca. No participa, pues, en el juego. Me pregunto por el motivo y llego a la conclusión de que no tiene esperanzas en ganar a Helena. Como yo mismo. O quizá haya hecho un pacto con su primo, como deben de haber hecho los pretendientes (Esquedio y Epístrofo, Podalirio y Macaón, Áyax y Teucro) que son hermanos, pues no debe derramarse sangre que es igual, ni siquiera por una mujer, ni por un reino.

Estoy ensimismado en estos pensamientos cuando el esclavo menciona mi nombre y, como tardo en reaccionar, parece que no estoy aquí. El esclavo levanta la mirada de su tabla de arcilla, como para buscarme, sin hacerlo, y está a punto de continuar su recitado cuando doy un paso al frente y me señalo.

—Odiseo de Ítaca, hijo de Laertes, mi señor.

Procedo a repetir la letanía, pero me interrumpo cuando recuerdo que nada traigo para ofrecer a cambio. No hay monedas, ni espadas, ni cuchillos que pueda regalar. No hay vinos, ni especias, ni fieras, ni aceites.

—Soy un príncipe pobre de un reino que no puede competir con el poder ni las riquezas que otros traen —improvisó. Y aunque alguno de los pretendientes (¿de mis rivales?) suelta una risa que se apaga al instante, desde su trono de mármol el rey Tindáreo abre los ojos y me mira. Se inclina hacia adelante y me observa. Hay una chispa de burla en sus ojos. Pero también una nube de admiración por mi descaro.

—Había oído decir que Ítaca era rica.

—La riqueza de Ítaca solo puede llevarse en el corazón, mi señor. No quisiera manchar tus bellos mármoles con mi sangre. Así que lo que pongo a tu servicio, buen rey Tindáreo, es mi inteligencia.

El rey está a punto de replicar a mi salida, pero tarda un latido, y entonces hay un rumor de cueros y de linos y, casi al unísono, como víctimas de un rapto, los pretendientes dan un paso atrás, sobrecogidos.

Tres muchachas y un hombre han entrado en la sala y se colocan junto al trono. Dos de ellas llevan el rostro cubierto. La tercera no, pues la acompaña un hombre que solo puede ser su esposo.

—Príncipes de la Hélade —anuncia el rey, olvidando lo que iba a decirme—. Mis dos hijas y la hija de mi hermano. Esta es Clitemnestra, la mayor, esposa del rey de Micenas, Agamenón. Habéis venido a conocer a la más pequeña. O a comprobar acaso si es tan bella como dicen, pues todos menos uno de vosotros habrán de marchar con el alma rota y sin el premio.

Miramos todos a las otras dos muchachas. Comprendiendo que mi tiempo ha pasado, doy dos pasos atrás y me retiro. O más bien me escondo en la muralla de cueros que quieren ver lo que no puede sino ser un espejismo.

—Helena —dice el rey. Y la muchacha se planta ante nosotros, y con la seguridad con la que un hombre desenvaina una espada se despoja del velo y nos muestra su rostro al descubierto.

Mentían los rapsodas. No es tan hermosa como cantan. Lo es aún más. Es imposible no mirarla. Es imposible no amarla al instante. Los pretendientes no van armados, pero si lo fueran no dudo que se lanzarían unos contra otros, poseídos por la necesidad de poseerla. Así y todo, veo que los guardias del rey tensan las cuerdas de sus arcos.

La sorpresa, para mí, es mayor que el hechizo de contemplar de tal manera la revelación de la belleza absoluta. Porque es la muchacha que conocí en Giteo. Y comprendo ahora por qué no he podido quitármela de la cabeza desde hace tres días.

No. Un momento. La muchacha del embarcadero tenía los cabellos negros. Tenía los ojos verdes como la esmeralda. Helena de Esparta es rubia como el trigo. Sus ojos son del color del topacio.

—Y esta es mi sobrina, la hija de mi hermano Icaro.

Da un paso al frente la otra muchacha y, como Helena antes que ella, se retira el velo. Sus cabellos son brillo de noche y caen en dos largos bucles a cada lado de su rostro. Sus ojos son de un verde incandescente. Se parece a Helena, sí, pero no es Helena. Es, ahora no hay duda, la muchacha que conocí en Giteo.

—Su nombre es Penélope.

CANTO IV

Penélope

Las bailarinas danzan y las esclavas sirven vino, viandas de carne de cerdo y cordero relleno de almendras y miel, y pasteles que pringan los dedos y requieren más vino. El rey Tindáreo conversa con su hermano Icario, ahora presente, y ríe los comentarios de ambos Agamenón de Micenas. Los pretendientes beben, comen, ríen y conspiran. Saben que solo uno de ellos será el elegido, y se miran unos a otros, calibrando cuál será, cuál no será, cuánto más fácil resultaría ir librándose de competidores antes de que decidan por Helena. Al verla, todos se han prendado de su belleza sobrenatural. Quizás también Aquiles, que la mira ahora, sentada en un aparte con las demás mujeres, y bebe de su copa de plata y mueve la cabeza. Quizás también yo, que soy mortal y mis ojos son como mariposas que corren hacia la llama de la belleza. Pero hay enfermedades que matan y enfermedades que curan, y dejan a un hombre preparado para cuando, en otra estación, lleguen las lluvias y vuelva a aparecer el mal, ya la fiebre no lo afecte. Así yo, con Helena de Esparta. La muchacha es tan hermosa, sí, como una diosa, si es que acaso no es una diosa misma. Tiene un efecto sobre los hombres y quizás también sobre las mujeres que parece magia pura. Pero, de entre todos, yo soy el único que no la había visto por primera vez. Sorprende la sorpresa porque es inesperada, porque es repentina, porque es única. Pero antes que la belleza de He-

lena yo he visto ya la belleza de Penélope, y de algún modo me sé curado, me noto a salvo. O condenado al Hades, de otra manera.

Miro a Helena, pero me ignora. Lo esperaba. Soy pobre. No tengo fama. Comparado con el hijo del sabio Néstor, con el hermano del rico Agamenón, con el gigante Áyax o el hermoso Patroclo (puesto que Aquiles, el más varonil de todos, no entra en la puja) no soy nadie para sus expectativas, como ya sabía. Pero estoy aquí no en busca de una esposa, aunque ese regalo sería agradecido por mi padre y aún más por mi madre. Comprendo por fin la misión que me ha encomendado Laertes, rey de mi Ítaca. Hay muchas mujeres en los mares y tierras del mundo. Sin duda, ninguna o casi ninguna tan hermosa como Helena de Esparta. Ya decidiré, cuando decida. Ya decidirán, cuando decidan. Pero aquí reunidos están los príncipes de la Hélade, los dueños del mundo de ahora o del mundo de mañana. Y unos serán aliados y otros enemigos, porque las leyes de los hombres se rompen cuando las ambiciones son más fuertes que la prudencia. Y los reinos de Tracia, o de Macedonia, o los monarcas de Mesenia, o de Corinto, los consejos de Mesenia o del Ática serán vecinos cercanos o enemigos lejanos, o viceversa, y es bueno que yo sepa, desde aquí y ahora, cómo se comportan todos en la adversidad, si los domina la lujuria, o la ambición, si puede más que su inteligencia el vino. Si se manejan igual con el cuchillo de trinchar carne que con la espada. Si tienen debilidades que le interesen más a una isla casi indefensa como es Ítaca que las fortalezas que todos conocemos en Delfos, Argos o Mantinea. Si hay antipatías entre un reino y otro reino, entre un príncipe y otro príncipe, y las alianzas de ahora puedan ser conflictos de mañana que un reino débil pueda explotar en su provecho, para su supervivencia.

Miro a Penélope, y Penélope me devuelve la mirada. No con el tono altivo con que me recibió en el muelle de Giteo, sino con una expresión que da a entender algo parecido a la curiosidad. ¿Se ha dado cuenta de que soy el único, quizás, que la mira? ¿Que soy el único que no ha caído embelesado ante Helena? ¿Que no soñará esta noche con su prima hermana, sino con ella? Le hago un gesto imperceptible y bebo de mi copa. Ella repite el gesto y bebe

también. Por encima del reborde de plata de ambos vasos, nuestras miradas se cruzan. Dura un instante que es más breve que el aleteo de una mariposa, pero, al mismo tiempo, más eterno que la edad de los dioses. Y entonces el coro de bailarinas se interpone entre los dos. Y cuando vuelvo a tener el campo de visión libre, ni Penélope, ni Helena, ni Clitemnestra, ni las criadas están ya allí. Han desaparecido como si fueran una ensoñación de ninfas. La fiesta continúa, pero ya no tengo puesta el alma en ella. Poco a poco, los pretendientes van quedando amodorrados, o se retiran, para planear añagazas o fornicar con las esclavas (sin hacer ruido, pues Aquiles tiene el sueño ligero y acecha). Ya lo han hecho, poco después de las muchachas, el rey Tindáreo y su hermano. Queda dormido donde estaba, o se lo hace, el rey Agamenón. Quizá esta noche no visite su tálamo. Cuando voy a retirarme, un criado (¿El mismo que mencionó mi nombre esta mañana? Todos los criados de Esparta, con sus cabezas afeitadas y sus túnicas de color púrpura, se parecen) me susurra un mensaje al oído. El corazón me da un vuelco en el pecho. Pero no es la cita que esperaba. No me llama Penélope. Es el rey Tindáreo quien me convoca a primera hora de la mañana, cuando canten los gallos y los perros les ladren.

No hace falta que me despierte ningún gallo, y los perros, si ladran, lo hacen en silencio y lejos, temerosos también de la cólera de Aquiles. Mi cabeza, siempre activa, pondera la llamada del monarca. No puede ser que, de entre todos los pretendientes, con linajes más excelsos que el mío, o eso proclaman, con riquezas mayores que las que no tengo, dueños de reinos mucho más poderosos que mi isla, yo haya sido el elegido. Porque ahora sé, como no sabía ayer mismo, que desposarme con Helena sería un contratiempo para mí, una molestia. Si los dioses se burlan de mi vida, maldita sea la gracia. Comprendo que solo quiero conseguir lo que yo quiera, no lo que me regalen a cambio de no sé qué cosa. No quiero ser muñeco. No quiero a Helena.

Pero pienso en frío y pienso bien, aunque hace calor y el tálamo me incomoda. El rey no me llama para anunciar que será su yerno. Su hija ni se ha fijado en mí, aunque es cierto que sus

ojos no se han fijado en nadie. Y, si fuera el caso, si yo fuera el elegido... No traigo una armadura que pueda hacer frente a diez pretendientes enardecidos. Mi espada sola no podría enfrentarse a diez espadas. ¿Qué quieren de mí? ¿Es que por fin Tindáreo va a responder a aquel comentario estúpido mío? Me lo han dicho siempre: mi astucia me pierde por la boca. Una cosa es tener ingenio y otra diferente tener cordura. Me he puesto al servicio del rey. Es decir, al servicio de Esparta, que es amiga de Ítaca, pero no es su vecina, ni tiene ejércitos que Esparta quiera, y las cabras y la leche y la miel y el aceite que Ítaca produce y trueca los obtiene Esparta de otras cien ciudades aliadas, y a mejor precio sin duda. Nunca es agradable vivir al lado de un gigante, porque sus ronquidos te despiertan por la noche y sus flatulencias te ahogan por la mañana.

No puedo dormir. Pienso demasiado y pienso a la vez en demasiadas cosas. Me levanto. No tengo criados cerca que me ayuden a vestirme, esa consideración a mi estado y al suyo que en el fondo me molesta, pues tengo dos brazos y dos piernas y sé ponerme el quitón yo solo y no necesito a nadie que me ajuste la coraza. Y como no traigo coraza, ni yelmo, ni lanza, salgo a la fuente a refrescarme, ahora que aún el palacio duerme y Helios todavía no pestaña.

Está fresca el agua y me despeja. No solo del nerviosismo de ahora, sino del vino bebido anoche. Me mojo la cabeza, me despojo del resto de mis ropas, dejo que el agua marque en mi pecho el dibujo de mis músculos, se remanse en mi ombligo, corra por mis piernas y se desvíe, como respetuosa, en la bifurcación que trenza la cicatriz que me llega del muslo a la rodilla. Envidio a Poseidón, que vive en el agua y goza de este descanso cada noche, pues cuentan que en el fondo de sus dominios nunca alcanza la luz del día.

—Había oído decir que quienes viven en islas son gente de mar — dice una voz en la penumbra —. Pero que cada vez que te encuentre estés mojado como un pez debe de tener un significado oculto que se me escapa.

—Es acertijo simple, mi señora Penélope —respondo, y me vuelvo hacia ella, que está de pie apenas a dos palmos de mí—. Juego a hacerte creer que soy un pez, para que así me atrapes con tus redes.

—¿No dicen que al tiburón se le atrapa con lanza?

—Con arpón, según creo. Pero es carne correosa. En todo caso, soy delfín.

—Por lo que parlosteas.

—Por lo que brinca mi corazón en tu presencia.

—Eres deslenguado, Odiseo de Ítaca.

No lo dice como un reproche: constata la verdad de lo que es mi existencia. Un buen comentario en su momento ahorra una pelea. O seduce a una muchacha.

—Todo lo contrario —le contesto—. Hablo tanto porque aún conservo la lengua.

—La que sin duda te mete en líos.

—La que me saca, a veces.

—Suerte tendrás si la conservas después de que hables con mi tío.

—¿Sabes que tu tío me espera?

—Lo sé. Lo saben todos en palacio. Todos los que son alguien, al menos.

—Entonces tú lo sabes.

—No. Yo lo deduzco. De entre todos esos brutos, tú eres el único que no ha hecho ostentación de fuerzas ni riquezas. Es normal que hayas llamado la atención de Tindáreo.

—Tampoco ha hecho ostentación Aquiles.

—No, ciertamente. Pero el hijo de Peleo es demasiado joven para buscar esposa. Y, desde luego, no parece que Helena le interesara mucho. Miraba más a todos los pretendientes. No como un hombre mira a su efebo, sino como un guerrero mide a su enemigo.

Algo en su voz me pone en alerta. No soy el único, entonces, que ha observado los juegos de poder entre los pretendientes. También lo ha hecho Aquiles. También lo ha hecho ella.

— ¿Crees que todos estos príncipes serán enemigos algún día?
— O algo peor, quizás. Aliados.
— Siempre es bueno tener a alguien que en la guerra te proteja con su escudo.

— Siempre es mejor, hijo de Laertes, que no haya ninguna guerra.
— No hablas como si fueras doncella, sino viuda.
— He oído llorar y lamentarse a muchas viudas. No creo que sus quejas sean muy distintas a los llantos y lamentos de los guerreros en la batalla.

— Pero a las viudas no se les oye.
— No, a las viudas se las arrinconan.
— No creo que tú vayas a ser viuda nunca, Penélope de Esparta.
— Todas las mujeres acabamos siéndolo. ¿No viven menos los hombres?

— Viven menos los que menos viven. Elige un buen esposo que provenga de un linaje longevo, y seguro que ambos vivirán para ver crecer a vuestros nietos.

Me mira y no sonrío. Me mira y sus ojos verdes me taladran. Son dos brasas en la penumbra. Noto el compás de su respiración. Su presencia huele a limón y a mirra. Siendo una mujer soltera, no le importa estar conmigo a solas. Tampoco lleva velo ante mí. Quizá sea una costumbre espartana. O quizás Penélope, como su prima Helena, está por encima de las costumbres que a tantas mujeres encadenan.

— No conozco a ningún hombre que reúna esas características — dice por fin, después de mirarme y descartarme. Creo que miente. Quiero que mienta.

— Eso es porque aún no ha amanecido y no me ves.
— Te veo bien, Odiseo de Ítaca.
— Como yo, por desgracia, no te veo a ti, Penélope de Esparta.
Doy un paso hacia ella, pero me detengo. Porque ella no da un paso atrás. Y, como no lo da, mi presencia ante ella no tiene fuerza. Me mira de arriba abajo. Miro yo también donde ella mira.

— No es la primera vez que veo a un hombre desnudo. Mis pretendientes, que los tengo, han competido por mí tal como todos los atletas hacen. Tal como tú estás ahora.

– Entonces es un designio de los dioses que ninguno te haya ganado.

– Más bien es condición de mi padre Icarío. Quien quiera desposarme debe vencerlo en tres pruebas.

– ¿Y nadie ha superado esas tres pruebas?

– Nadie ha superado la primera.

– Son extrañas las costumbres de tu familia.

– Tanto mi padre como mi tío cuidan con esmero las flores de su familia.

– Se corta antes la flor más hermosa, Penélope. Porque si no se corta se marchita.

– ¿Hablas ahora de Helena, hijo de Laertes?

– ¿Helena? ¿Quién es esa?

– Vuelves a recuperar tu lengua, a lo que oigo.

– No la he perdido nunca. Si la hubiera perdido, en este momento tartamudearía.

– Sigues siendo un descarado. Dicen que te protege Atenea. Más bien diría que es Hermes quien te acompaña.

– Bueno, puestos a inventar linajes, siempre es mejor el dios de los ladrones y los viajes.

– No Poseidón.

– No, no Poseidón. Me han dicho que es un viejo gruñón que huele a pescado. Ya estoy seco. O será que mi cuerpo se temple al calor de tu presencia.

– Buena suerte, Odiseo, cuando hables con mi tío.

– Buena suerte, prefiero, cuando hable con tu padre.

– No te preocupes por eso: junto al rey te espera.

Me tiende mi túnica y durante un instante nuestros dedos se rozan. Cuando termino de pasarme el tejido de lino por encima de la cabeza, ella ya no está. Como si yo hubiera soñado el encuentro. Como si Penélope fuera, sí, una moira. Sacudo la cabeza y me rasco la barba. Advierto entonces que me ha robado mi anillo de hierro y que yo no sé si le he robado a ella siquiera una sonrisa.